**Manu y Fran, dos corresponsales de paz**

Felipe Sahagún

Como en todas las profesiones, en la del periodismo hay buenos, malos y regulares, de paz y de guerra, según las circunstancias y las necesidades. Manu Leguineche fue el mejor de su generación.

Pocos como Fran Sevilla representan hoy mejor los valores de Manu, sus ilusiones de adolescente, sus comienzos en el reporterismo, su pasión por los viajes y por la historia, su amistad con grandes personajes, su desconfianza del poder y de los poderosos, sus denuncias de grandes atropellos, su exploración de exploradores, su hemeroteca andante y su pasión por contar lo que merece ser contado.

Fran, como Manu, son excepciones -periodistas de paz- en un mundo dominado por los que, informando, atizan la guerra, promueven el odio y, cada día, manipulan más la realidad.

Fran, como Manu, son periodistas de paz porque han buscado, más que los combates, las causas y las consecuencias; porque han tratado de dar voz a todos, sobre todo a las víctimas; porque han humanizado la tragedia contra la obsesión de todos, demócratas y dictadores, por deshumanizarla, demonizando al adversario; porque han intentado llegar antes de que empiecen los combates y han regresado, en la medida de lo posible, cuando el fuego se ha apagado y el mundo se ha olvidado de los muertos; porque les ha importado prevenir e ir más allá de los efectos visibles inmediatos; porque han sabido siempre que hay buenos y malos en todas partes, que todos mienten o pueden mentir, también las víctimas, y que la verdad empieza por la honestidad del que informa y la precisión en el lenguaje.

Siempre, presente en todo, desde sus inicios por América Latina en los ochenta, pasando por las corresponsalías en Oriente Medio, de nuevo América Latina y los Estados Unidos, hasta sus crónicas más vivas como enviado especial en los Balcanes, Afganistán, Irak, Gaza, Haití o, en el último año, Ucrania -como en cada artículo, reportaje y libro de Manu- encontramos al ser humano, lo que hay de extraordinario para bien y para mal en todo ser humano, que Manu y Fran convierten, con una paciencia y rigor admirables, en referencias, metáforas, símbolos, testimonios y lecciones sobre la vida y la muerte, lo normal y lo excepcional.

Después de 35 años en la radio pública y algunos más como freelance, siempre en internacional, Fran lo ha sido todo: redactor, enviado especial, fotógrafo, corresponsal, creador y director de programas como Cinco Continentes -el mejor en su género de la radio española desde la rueda de corresponsales de Victoriano Fernández Asís y Cirilo Rodríguez-, entrevistador siempre, entrevistado muchas veces, viajero incansable, ojos y oídos de mil tragedias, tuitero, motero, tiktokero, padre y compañero de una de las mejores periodistas en cultura de RNE, sin cuyo apoyo y comprensión me parecen imposibles los méritos que hoy celebramos.

¿Qué mueve a un periodista -se preguntaba Manu Leguineche en el prólogo de mi primer libro sobre corresponsales -El mundo fue noticia- a cambiar la comodidad, la rutina y la compañía de los que más quieres por la soledad, la incertidumbre, el riesgo o el peligro de informar desde los conflictos más calientes?

No sobre ellos, algo que hoy puede hacer cualquiera zambulléndose en Internet, sino desde ellos. No desde el Intercontinental de Ammán, sino desde las zonas más peligrosas de Nayaf. No desde el Camino Real de San Salvador, sino desde el campus de la universidad de los jesuítas asesinados a poca distancia. No desde las ruedas de prensa oficiales, que tanto despreciaba Manu, sino desde los escombros de los bombardos en Gaza, y no desde el hotel Ucrania de Kiev, sino desde los barrios más castigados de Bucha, Mariúpol, Jersón o Dnipro, con las voces y las imágenes de las víctimas.

¿Qué duende o diablo les empuja a ir a los lugares de los que sus habitantes huyen o son expulsados?

“Un cierto morbo”, respondía Manu. “El que precede a la salida hacia la línea de fuego, la droga que diría Dominguín”. Droga lo llamaba también Julio Fuentes, el primer periodista español asesinado en Afganistán.

En centenares de entrevistas fáciles de encontrar hoy en les redes, Fran, que cumple ahora 40 años cubriendo internacional, lo explica de forma mucho menos heroica: Cuando me llamaron a Washington para ir a Ucrania porque “era complicado encontrar a alguien con experiencia en conflictos bélicos” para la misión en Prado del Rey, “dije sí inmediatamente. Como periodista, quería estar allí porque me gusta vivir los acontecimientos en directo, contar las cosas, no que me las cuenten”.

“Me he pasado pasado años en guerras, tifones, terremotos y golpes de estado -dice Manu en sus Conversaciones con Patxo Unzueta y Santiago Segurola- manipulando la radio de onda corta para saber lo que había hecho el Athletic”.

¿Cuál es el secreto que ha ayudado a Fran a olvidar penurias y a aliviar nostalgias en sus guerras particulares por medio mundo durante tantos años?

Cuando, tras casi 40 libros publicados, preguntaron a Manu por su “peor viaje”, eligió uno de los primeros: el que hizo en el invierno del 65 a la India, donde estuvieron a punto de fusilarlo creyendo que era un espía pakistaní. ¿Cuál habrá sido el peor viaje de Fran?, me he pregunta do muchas veces.

Releyendo la segunda vuelta al mundo en 81 días de Manu, publicado en julio de 2000, otro homenaje a Julio Verne, me he preguntado cuántos de los objetos que llenaron sus mochilas coincidirían con los que Fran consideraría imprescindibles para iniciar una aventura parecida en 2023: libros, pilas, baterías, radio, cuadernos, bolígrafos, móviles, ordenador, tableta, botiquín...

En mi último viaje con él, volviendo de Bilbao, con dificultades ya para caminar, camino de su piso en Vallehermoso, Manu me confesó que seguía con su máquina de escribir y que no quería saber nada de ordenadores ni de Internet.

Su guerra y la mía, con la que nos iniciamos en el periodismo, fue Vietnam y su mundo, el final de Gutenberg, el apogeo de Cronkite y el nacimiento de la televisión global.

Aunque las guerras de Fran han sido otras y su mundo periodístico el de las redes y la desinformación global, sus valores y su periodismo creo que Manu los hubiera reconocido hoy como suyos y se hubiera sentido orgulloso.